

Concordia Seminary - Saint Louis

Scholarly Resources from Concordia Seminary

[Ayudas para sermones](#)

[Recursos en español](#)

1-1-2008

Sermón para bodas I Efesios 4:31-32

Marcos Kempff

Concordia Seminary, St. Louis, kempffm@csl.edu

Follow this and additional works at: https://scholar.csl.edu/ayudas_para_sermones



Part of the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

Kempff, Marcos, "Sermón para bodas I Efesios 4:31-32" (2008). *Ayudas para sermones*. 4.
https://scholar.csl.edu/ayudas_para_sermones/4

This Article is brought to you for free and open access by the Recursos en español at Scholarly Resources from Concordia Seminary. It has been accepted for inclusion in Ayudas para sermones by an authorized administrator of Scholarly Resources from Concordia Seminary. For more information, please contact seitzw@csl.edu.

RECURSOS para SERMONES



Boda I – Efesios 4:31-32

Centro de Estudios Hispanos-Seminario Concordia, St. Louis
2020



+ *En el nombre de Cristo* +

Día Festivo Nacional del Matrimonio Hispano-Latino
Domingo, 12 de octubre del 2008
Efesios 4:31-32
Centro de Estudios Hispanos-Seminario Concordia, St. Louis
Revisado y adaptado por Marcos Kempff
Febrero del 2011
Editado para Scholar, julio del 2025

Sean bondadosos y compasivos

*Sean bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente,
así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo.*

Efesios 4:31-32

Hoy estamos de fiesta, celebrando el regalo del matrimonio. Porque Dios, al crear el hombre y la mujer, los unió para ser una pareja, unidos como una sola persona. ¡Qué hermoso regalo!
¡Felicitaciones a todas las parejas!

Hoy, queremos entrar nuevamente a las Sagradas Escrituras para conocer, recibir y aplicar las enseñanzas que Dios para nuestras vidas. Porque, fortaleciendo el matrimonio con la Palabra de Dios, se fortalece la familia con la Palabra de Dios, se fortalecen las comunidades y se fortalece la nación.

Pero, ¿cómo se fortalece la pareja para fortalecer la familia?

Como parte del argumento central de no agraviar al Espíritu Santo, San Pablo contrasta la amargura, la ira y el enojo con la compasión y el perdón hacia la pareja, el hijo, el prójimo. La base para la compasión y el perdón a otras personas está únicamente en la persona y obra de Cristo. Cristo es el fundamento sobre el cual se construye toda posibilidad de reconciliación con otros, especialmente en el ámbito de nuestro matrimonio y nuestra familia. Veamos la Palabra de Dios y desarrollemos esto en más profundidad.

El Dios compasivo nos capacita con Su Palabra y Su Espíritu Santo para ser compasivos, porque como Sus hijos e hijas amados, Él nos prepara para ser siervos. Sin duda, la obra de redención y restauración de todas las cosas comienza en el mismo corazón de Dios. Es Dios quien toma la iniciativa en restaurar al ser humano. La obra de redención comienza por la clara acción de Dios a favor nuestro: lograr el perdón eterno por medio de la obra de Cristo. Y a través de la vida, Dios continua perdonándonos, guiándonos, fortaleciéndonos, acompañándonos.

El Dios compasivo es aquel que nos conoce y se compadece. La palabra compasión significa precisamente esto: sentir con el otro. Este sentir no es solamente un sentir a distancia, una simpatía, es un sentir que toca las profundidades del ser. Fijense que a lo largo de toda la historia de salvación la compasión de Dios se resalta en los momentos más dramáticos del pueblo de Dios o del individuo creyente. Dios sacó a Israel de Egipto porque tuvo compasión, Dios los libró de sus enemigos por compasión, Dios perdonó a David por compasión, Dios no es un Dios de ira sino un Dios compasivo.

En la persona de Jesús la compasión se manifiesta de forma humana, concreta y está a disponibilidad de todos a fin de que todos reciban esta compasión y lleguen a confiar en Él. Los que reciben sanidad, los que son liberados de demonios, los que han robado y están arrepentidos, los que se confiaban en su propia religiosidad para ser salvos, todos reciben de una u otra forma la compasión de Dios.

Para recibir lo máximo de esta compasión – digo lo máximo porque aún aquel que no reconoce a Dios también recibe Su compasión es necesario reconocerse pecador y arrepentirse para ver en la cruz de Cristo vida eterna y experimentar ese gran amor de Dios en Cristo.

Ahora bien, la compasión de Dios no sólo es para ser disfrutada en la intimidad de mi ser. Dios nos capacita como hijos a fin de que seamos compasivos como Él es compasivo. El cristiano reconoce que por ser perdonado, es una persona que ha recibido la gracia de Dios en Cristo; ha recibido el amor inmerecido de Dios. El cristiano es llamado a crecer a imagen de Cristo, y ser bondadoso, ser un siervo como Cristo nos sirve. El cristiano que no da gracia, que no expresa amor no refleja la naturaleza de su Padre celestial. Por eso todo hijo e hija de Dios ha nacido de nuevo por el Santo Bautismo para ser compasivo.

El cristiano, al igual que su Padre extiende siempre la mano de misericordia. El cristiano lo único que hace es compartir la gracia que ha recibido y recibe constantemente del Padre. Aunque nosotros reaccionamos imperfectamente, la gracia de Dios es perfecta y continua obrando en nosotros. Somos hijos e hija del Dios compasivo y por lo tanto se espera de nosotros que seamos compasivos.

Por eso, tanto el Señor como San Pablo, insisten en la exhortación a amarse y perdonarse unos a otros:

Perdónanos nuestras deudas como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores (Mateo 6:12).

Si tu hermano peca contra ti, ve a solas y hazle ver su falta. Si te hace caso has ganado a tu hermano (Mateo 18:15).

...así también mi Padre celestial los tratará a ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano (Mateo 18:35).

Ayúdense unos a otros a llevar sus cargas, y así cumplirán la ley de Cristo (Gálatas 6:2).

Queridos hermanos, amémonos los unos a los otros, porque el amor viene de Dios, y todo el que ama ha nacido de él y lo conoce. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor. Así manifestó Dios su amor entre nosotros: en que envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados. Ya que Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros (1 Juan 4:7-12).

Muchas parejas lamentan que su vida íntima no tiene la emoción de antes porque su matrimonio se ha convertido en una rutina. Ante los sinsabores de la vida, también algo en el matrimonio se ha apagado. Como consecuencia, en vez de buscar soluciones a sus problemas a fin de restaurar sus relaciones de pareja, muchas veces se recurre a las discusiones, actitudes, conductas que llevan a distanciarse en vez de crear el acercamiento y la reconciliación.

En la creación del mundo, Dios mismo formó a Adán del polvo de la tierra soplando en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente. Luego, Él mismo tomó una costilla del hombre y formó a la primera mujer, Eva. Ambos fueron formados por la propia mano de Dios.

Con inmenso amor y profunda satisfacción, Dios formó a cada uno de ellos, diseñando con delicada precisión la admirable anatomía masculina y femenina. Los bendijo y les dio la capacidad de ser felices en su unión de pareja, mediante una intimidad exclusiva.

Como las fibras de los hilos que tejen una tela, así Dios creó al hombre y a la mujer para que formaran una unidad, casados y “entretejidos” para cumplir la voluntad del Creador y disfrutar de esa preciosa compañía, hombre y mujer, unidos en amor, unidos en santo matrimonio.

Él dio Su bendición a esta primera pareja, para que vivieran en amor y en fidelidad el uno para el otro. Estar unidos significaría que serían comprensivos y creativos en su esfuerzo constante por conocerse, apoyarse y amarse mutuamente. Deberían descubrir la forma de hacer más placentera la experiencia del uno para el otro; cuáles serían sus gustos y sus preferencias. Este era el ideal de Dios acerca de la intimidad de la pareja. Es así como en las Sagradas Escrituras podemos encontrar maravillosas enseñanzas de carácter sexual: *¡Sea bendito tu propio manantial! ¡Alégrate con la mujer de tu juventud, delicada y amorosa...! ¡Que nunca te falten sus caricias! ¡Que siempre te envuelva con su amor!* (Proverbios 5:18-19).

Dios quiere proteger a la pareja y que todos la respeten y la mantengan en alta estima. Por eso ordena: *No cometas adulterio. Que todos respeten el matrimonio y mantengan la pureza de sus relaciones matrimoniales; porque Dios juzgará a los que cometen inmoralidades sexuales y a los que cometen adulterio* (Éxodo 20:14 y Hebreos 13:4).

La relación de pareja es la primera institución creada por Dios, creando la pareja como el vínculo para que un hombre y una mujer unan sus vidas en todos los sentidos. La vida en pareja cumple con el propósito de Dios, que haya armonía y amor entre ambos. A fin de protegerla, guiarla y consagrarla, Dios quiere ser la “tercera persona” en cada pareja. Normalmente, una tercera persona trata de separar a la pareja, de acuerdo a sus propios intereses egoístas. Pero, ¿no sucede lo mismo con Dios!

Él une y fortalece a la pareja, en lugar de separarla. Su deseo es que el hombre y la mujer unidos en matrimonio, reciban Su amor y Su sabiduría para poder enfrentar las tormentas que a menudo azotan toda pareja. Su respuesta a la incapacidad de amar, a los fracasos, los conflictos, los desacuerdos y a las frustraciones en la vida, es Su perdón, que conlleva a la reconciliación y a la comprensión. Perdonar implica fortaleza y humildad, y expresa el poder de sosegar, curar, reunir y reconstruir. Toda pareja puede contar con el amor y el perdón de Dios y ser motivada a reconciliarse constantemente entre sí, y depositar su confianza en Él.

Vivir en pareja es un arte. Es preciso saber cómo combinar los muchos factores que están relacionados a ella, para lograr metas en común. Las tensiones en toda relación, sumadas a las obligaciones normales de cada ser humano (tales como el trabajo, la economía del hogar, los hijos, la salud, la seguridad personal, la educación, entre otros) pueden ser muy agotadoras y

pueden reducir las ganas de seguir adelante. Por eso es bueno saber que todas las parejas atraviesan estas diferentes etapas de desarrollo. Si ambos son lo suficientemente creativos, pacientes y comunicativos entre sí y con los demás miembros de la familia, el paso de una etapa a otra será mucho más saludable.

Como en toda relación humana, el desafío más grande para la pareja es el de lograr - mediante la presencia de Cristo y los dones del tiempo, el esfuerzo, la dedicación y el compromiso - una base sólida y propia, capaz de resistir las duras pruebas que se presentan en la vida de toda pareja.

Pero lamentablemente hemos descuidado esa relación. Lo que no queremos admitir es que Dios nos creó para darnos la oportunidad de disfrutar nuestra relación de pareja bajo el amparo, exclusividad, intimidad y protección de la vida en pareja. Muchas parejas que así lo han hecho, afirman disfrutar una profunda alegría porque saben que Dios los une y que en Él tienen la seguridad de poder reconciliar sus diferencias y ser fieles hasta que la muerte los separe.

Toda pareja tiene sus diferencias. Esto en sí, no es el problema. Pero tener la incapacidad de reconciliarse y resolverlos antes de que vengan peores consecuencias, sí trae complicaciones. Descuidar los lazos matrimoniales, sin lugar a dudas, conlleva una serie de causas y efectos, que “deshila” la relación en vez de conservarla y fortalecerla.

Dios, quien originalmente instituyó el matrimonio, ofrece Su apoyo incondicional. Pero más que todo, le duele ver las desastrosas, dolorosas y enredadas consecuencias creadas por los malentendidos, los conflictos y peor aún, las traiciones. Él mismo sufrió la desilusión de ver a la raza humana apartarse de Él y serle infiel. Pero Dios tomó la iniciativa al perdonarnos por medio de Jesucristo, quien es la demostración más histórica, completa, perfecta y palpable del amor. Por eso Dios, que conoce el dolor de la decepción, ofrece Su perdón y restauración, que de verdad nos puede capacitar para amar, y restablecer así lo que hemos dañado.

Por eso recuerden:

*Aunque sintamos desaliento, y nos imaginamos que el triunfo está lejano;
Aunque el error nos lastime, y quizás un fracaso nos perturbe;
Aunque la angustia nos hiera, y una ilusión se apague;
Aunque el dolor queme nuestros ojos, y golpee nuestro ánimo;
Aunque la tristeza nos desanime, y la incomprensión corte la risa;
Aunque todo parezca inútil, y sin sentido, y parece que la esperanza desvanece;
¡Ten ánimo, porque Dios nunca nos abandona!
Sus promesas son inmutables; Su bondad y esperanza seguras.
¡En Jesucristo tenemos la absoluta certeza de Su presencia y eterno amor!
¡Confiemos en Él y vivimos en Su dulce paz!*

Amén.